

MARIA TERESA YÑIGO DE TORO
FELIX ANTONIO GONZALEZ



SEMANA SANTA
EN
MEDINA DE RIOSECO

1958



PREGONES



1959

SEMANA SANTA
EN
MEDINA DE RIOSECO

MARIA TERESA YÑIGO DE TORO
FELIX ANTONIO GONZALEZ

SEMANA SANTA
EN
MEDINA DE RIOSECO



PREGONES

1958

1959

Una de las mayores preocupaciones del Ayuntamiento que me honro presidir ha sido, siempre, el dar realce a los magníficos desfiles procesionales que tanto lustre dieran a nuestra ciudad en tiempos ya remotos y en los que dejaron sus mejores tallas para admiración de la posteridad ese plantel formidable de imagineros castellanos. Era, pues, preciso dar nueva norma a nuestras fiestas religiosas y por ello se instituyó en Medina de Ríoseco el pregón de su Semana Santa, encargando de pronunciarlo, en estos primeros años, a dos jóvenes valores ríosecanos, de reconocido prestigio en los ámbitos de la Provincia y de la Nación, en el cual ellos han puesto el máximo cariño. El Ayuntamiento ha creído oportuno que estas piezas tan conmovedoras para nosotros, no se perdieran en el olvido; hoy las ofrecemos para deleite de propios y extraños y para que sirvan de propaganda a nuestra incomparable Semana Mayor.

Rafael Herrero

FELIX ANTONIO GONZALEZ

PREGON 1958

Desde muy niño, año tras año, por los días de los Santos y de los Difuntos, mi madre me traía a Río seco, para rezar ante la sepultura de mis abuelos. Mi abuelo se llamaba Buenaventura —un bello nombre— y era herrero —un bello oficio—. Mi abuelo se llamaba Buenaventura y, como un gran señor de cuento, tenía nueve hijas. Pero mi abuelo, como todo varón, soñaba con un hijo que llevase su apellido y le hiciese permanecer, aunque nuestro apellido —González— ni estuvo, ni está, ni creo que llegue a estar en trance de desaparecer. Soñaba con un hijo, mientras la casa se le llenaba de hijas, guapas según los mozos de la época, pero hijas. El único hijo nació muerto. Y hay que suponer a mi abuelo, al noble y fuerte herrero, descargando su furia contra el yunque, mientras las lágrimas chiriaban en el hierro al rojo.

Murió mi abuelo mucho antes de nacer yo, pero siempre he pensado que su insatisfecho deseo del hijo fue como un puente entre los dos, como una realización al fin, pero con retraso. Y, por ese puente, se me fue mi corazón de niño hacia él; y, por ir hacia él, hacia esta su ciudad que él pisó, que él amó, hacia esta su ciudad donde él permanece, ya un poco más de tierra seca junto al río seco.

Por eso, por una filiación espiritual, esta es mi ciudad. Mis amigos de Río seco, cuando hablan conmigo, dicen “nosotros, los río secanos”. Y es una buena verdad. De la casa del Capricho —hoy de mi tío Andrés— salió, un día, una mujeruca que llevaba una niña a bautizar. La niña era mi madre, la más pequeña de las hijas de Buenaventura. La bautizaron en la iglesia de Santa María. Y en la iglesia de Santa María se casó.

Mi padre, que no era río secano, pero que amaba a Medina, venía a verla, de novios, en el entrañable “tren burra” que hoy ve, sorprendido, cómo se puede correr,

sobre el viejo trazado, a más de treinta kilómetros por hora. Mi padre, un novio de bombín y pantalón estrecho, músico y poeta, puso también su piedra en el gran edificio de mi devoción por Medina de Ríoseco; mi padre, que paseó los soportales de la calle de la Rúa y el Castillo, y al que mi abuela, una rígida señora, no le dejó ni dar la mano a mi madre, al despedirse, el día antes de la boda...

Quizá un poco humorísticamente, he hablado de mi raigambre ríosecana. Un poco humorísticamente, porque el humor no es mal arma para defenderse contra el enterrecimiento, cuando se habla de personas, de ciudades o de hechos que le llegan a uno al corazón.

Aparte de estos poderosos vínculos de sangre, hay otros vínculos —tan o más fuertes— que me unen a Medina de Ríoseco, por razones de pura simpatía y por razones de gratitud. Razones de pura simpatía: hay ciudades —como hay personas— que a uno le caen bien o mal desde el primer momento, sin que uno sepa por qué, aunque siempre haya una justificación en la calidad positiva o negativa de la ciudad o de la persona. Yo me siento a gusto en Ríoseco. Apenas si tengo que encontrar el más pequeño motivo para venir aquí, a estar con mis parientes, con mis amigos, o, simplemente, solo, paseando las viejas calles o tomando un café en el Casino. En vuestro noble, en vuestro señorial Casino. Porque es preciso pensar que una Ciudad, con mayúsculas, sólo se produce cuando concurren en ella muchos factores. Y uno de ellos es —¿por qué no?— un Casino como el vuestro, un Casino cómodo, ya con la pátina del tiempo en todo él, como una condecoración; un Casino con esa solera que, por eso, precisamente, por ser solera, no puede improvisarse. Un Casino cómodo y amable que espera, igual que la puerta abierta de la casa de un amigo, como si hubiera sido posible lograr, para todos, ese rincón de cada hogar donde uno se encuentra más a gusto que en ninguna otra parte.

Razones de simpatía: a mí me gusta andar entre los viejos y solemnes porches, entre ese bosque estático familiar, y llegar al Canal y recordar que aquella era la Fonda de mi tía Goya, y darle un abrazo a mi tío Anselmo, que es el viejo más simpático y más guapo del mundo. Razones de simpatía y razones de sangre entremezcladas, porque mis parientes son, también, mis amigos, y jamás en Ríoseco tuve la sensación de estar fuera de casa.

Estas razones de simpatía llevan de la mano a unas razones de reconocimiento. Yo sé que se me quiere en Medina de Ríoseco, yo sé que lo poquito que uno consigue

se ve aquí como una alegría propia, como la alegría de un ríosecano.

Por estas razones —que otras no hay— se me designó para pronunciar el pregón de vuestra Semana Santa, de nuestra Semana Santa. Y por esas razones yo acepté, mientras sentía muy adentro, una gran emoción y una gran responsabilidad.

Vosotros sabréis perdonarme. Yo os llamo genéricamente de tú, aunque tanto respeto me merecéis, porque estamos en familia y la intimidad choca contra otro tratamiento cualquiera.

En este nuestro sincero plano de intimidad, encontraréis muy justificada mi emoción. Todas las frases al uso: “yo no soy orador”, “nadie con menos méritos que yo”... tienen, en este caso, una exacta significación. Venir aquí, a la gran Medina de Ríoseco, a abrir la gran puerta de su Semana Santa, no es tarea leve ni para mí ni para otro cualquiera. Y menos para mí, en quien concurren, además, unas circunstancias que me emocionan. Y la emoción jamás formó buena yunta con la brillantez.

Pero si corro el riesgo de defraudaros —lo que me dolería en las entrañas— tengo, en cambio, seguro el gran premio de estar con vosotros, de dejar escrito mi nombre en vuestra Semana Santa, de unirme, un poco más, a la gran ciudad de Buenaventura, el herrero, cofrade de La Oración del Huerto, quien se lo contará a algún compañero de hábito, cuando cargue, este año, con un gran paso de nubes y de estrellas.

Este pregón no debería ser dicho aquí, entre nosotros, donde todos nos conocemos y todos sabemos a qué atenernos respecto a la Semana Santa de Medina de Ríoseco; este pregón debería ser dicho de cara a las más distantes latitudes, ante gentes extrañas, ante gentes que no supieran cuánto de grande, de bello, de noble, tiene esta vieja ciudad. A mí me gustaría que mi voz se oyera hoy en los más remotos países, o, al menos, en toda la geografía española. Me gustaría que mi voz se oyera y que yo acertara a decir lo que decir quiero, que yo diera en el quid de la grandiosidad, sobre todo en el quid de la autenticidad de Medina de Ríoseco. Y me gustaría, no por la difusión de mis palabras —bien lo sabe Dios—, ni siquiera porque me sienta unido por vínculos entrañables a vosotros, sino por ese alto sentido de la justicia y de la verdad que tenemos las gentes de estas tierras; porque sería verdad cuanto dijera; y ayudar al conocimiento de la verdad es

misión, alta misión, insobornable misión, del hombre de bien. Aparte de esto, todos aspiramos a que nuestra tarea —grande o pequeña, luminosa u oscura— tenga eficacia, a que cumpla el fin que perseguimos al emprenderla, y yo sé de antemano que ni uno siquiera de vosotros verá aumentado, después de escuchar mis palabras, su amor por Medina de Ríoseco; porque el amor, cuando es amor, como el que sentís —como el que sentimos—, por esta ciudad, no admite gradaciones, no puede crecer.

Por eso, repito, me gustaría hablar ante gentes del norte, del sur, de levante, ante gentes que no os conocieran, ante gentes para las cuales Medina de Ríoseco fuera sólo un bello nombre, significara, únicamente, un conocimiento intelectual.

Ante tales gentes, yo echaría gustoso sobre mis espaldas la tarea de hacer la misión de Ríoseco, de pregonar su verdad por calles y por plazas, en teatros y en mercados... Y diría:

Os hablo de una ciudad que lo fue todo; de una ciudad que es seca por su río y fértil por sus hombres, de una ciudad abrazada por los trigos honrados de los campos. Os hablo de una ciudad pequeña y grande, de un viejo hidalgo que, en su vieja casa, rinde culto diario a un señorío que no se improvisa, a un pasado, permanente en sus actos, en sus pensamientos, en sus palabras. Esa ciudad, amigos, es mi ciudad, y yo os digo que estoy orgulloso de que así sea. Orgulloso y obligado, porque el ser de Medina de Ríoseco —aunque se sea espiritualmente, vocacionalmente, como lo soy yo— obliga a mucho. Hay que alistarse en una milicia de estricta honradez, de aguda justicia, de pura caballerosidad, de llamar a las cosas por su nombre; hay que saber ser fiel, leal, hoscamente sincero. Os hablo de una ciudad que no tiene trolebuses ni grandes estadios, ni rascacielos; de una ciudad sin señales luminosas, sin campo de aviación, pero que, con todo, es una gran Ciudad, con mayúsculas, de los pies a la cabeza, desde el más hondo cimiento roqueño hasta el casi alado vértice de la torre de Santa María. Y esa ciudad, mi ciudad, no cambia. Quedó en el espacio y en el tiempo, en su fisonomía cabal, sin concesiones al paso de los siglos, sabedora de que pisaba firmemente sobre su propia personalidad. Y, a la par, abierta a todo lo nuevo, a todo lo bello, en gracia a su ferviente sentido de lo universal.

Para ellos no sería un tópico —como ha llegado a serlo entre nosotros— hablar de las iglesias. Y les diría:

Aquella ciudad, con ser pequeña, tiene tres iglesias,

cada una de las cuales justificaría un viaje: Santa María, la gallarda, la de la capilla de los Benavente; Santa Cruz, que os sorprendería, al trasponer su puerta, como un incendio de oros; Santiago, que es más grande por dentro que por fuera. Y una cuarta, San Francisco, en la que unos barros, barros de nuestra tierra, os sumirían en la más limpia admiración. Muchas y muy grandes iglesias para Medina de Río seco, podrán pensar quienes midan por metros o por miles de habitantes. Pero yo os digo que aquella ciudad, mi ciudad, merece tales iglesias; os digo que no nacieron allí por un albur, sino porque es lógico que allí hayan nacido.

Y les diría:

¡Venid conmigo a mi ciudad! Pasearemos la maravillosa calle de los soportales, uno de los paisajes urbanos más netos y auténticos del mundo, y, si tenéis ganas de andar, echaremos camino adelante hacia Castilviejo. Allí encontraremos una humilde ermita, y encontraremos, también, el eje, el norte de la devoción río secana. Junto a la pequeña Virgen está la oración que pide y la oración que agradece; está la esperanza, está la alegría y está, también, la resignación.

Y volveríamos, despacio, a la ciudad. Y el aire sería, para nosotros, más transparente y el cuerpo nos pesaría menos. Que ante la vieja y entrañable talla y, tras estar ante ella, como a todos los río secanos, nos invadiría una indecible dulcedumbre, como si abriera jubilosamente las alas el ángel de tierra que todos llevamos dentro.

Allá en las más lejanas latitudes, por calles y por plazas, en teatros y en mercados, yo diría:

El señorío no se improvisa ni se compra. El señorío es el poso de siglos y siglos de ser señor. Y, de la misma manera que alguien dijo que son precisas tres generaciones para lograr unas bellas manos de mujer, yo os digo que la realidad de Medina de Río seco está determinada por el decantamiento, de padres a hijos, de un modo de ser, de una excelencia. Mi ciudad —volvería a decir— no tiene trolebuses, pero es una gran ciudad, es una gran señora. Y, por serlo, por ser una gran señora de nuestra España, católica y sensible. Católica: si alguien no siente, en cada amanecida, en cada pulso de su corazón, en cada trino del pájaro, en cada flor, en cada niño, la presencia de Dios, que vaya a los recios campos de mi ciudad, que desmenuce la tierra entre sus manos —una tierra hostil,

seca y difícil—, y de la tierra, como el prodigio anual de cada espiga de cada cosecha, le nacerá la fe. Que desmenuce la tierra, que mire arriba, al cielo perfecto, y sentirá, en sus entrañas, la Verdad, como en sus entrañas siente la tierra el germen que será harina de pan o cuerpo de Cristo.

Tierra seca y difícil, tierra para pisar fuertemente, para andar sin miedo, tierra de hombres que a nada le temen, salvo a Dios. Tierra de almirantes y de guerreros, tierra de labradores y de menestrales... Tierra de hombres de espíritu abierto a todas las bellezas. Y, cuando comprendáis esto —diría a las gentes que no os conocen—, podréis empezar a comprender la maravillosa realidad de Medina de Ríoseco, el porqué de su prodigio, la razón de que yo os diga, no como un mensajero publicitario, sino como un amigo de buena fe: ¡id a Medina de Ríoseco!

Id cuando queráis, que toda hora será buena. En la amanecida, cuando la ciudad se despereza, las yuntas salen al campo y de los hornos se eleva el humo en maitines. O al mediodía, cuajado de sol. O al atardecer, cuando la luz se arrastra en los Torozos, para quedar prendida en un ¡hasta mañana! en la torre de Santa María. O por la noche, cuando la ciudad cobra, quizá, su más personal calidad y un aire de transmundo la envuelve. Id cuando queráis, pero, si os es posible, id en Semana Santa.

Yo he vivido, entrañablemente unido a la ciudad, la Semana Santa de Ríoseco. La he vivido, porque no se trata de presenciar un espectáculo, sino de meterse dentro de un drama. Las venerables muestras de la imaginería castellana que desfilan por las calles de Medina de Ríoseco no lo hacen ante un gentío imparcial y objetivo, congregado para ver, para admirar. El pueblo es parte del drama, se incluye en él y siente la tremenda responsabilidad del deicidio. Yo estoy seguro de que, al paso del sublime y manso Nazareno, más de una mano viril se cierra y muerde su impotencia, su no poder alcanzar a liberar al Justo. Yo estoy seguro. Yo estoy seguro —que lo he visto— de que hay lágrimas en los ojos; lágrimas de pena y de contrición. Yo estoy seguro de que, en cada madre ríosecana, se hace carne de angustia y de sollozo la Pasión de la Madre de Jesús.

Se me podrá decir que tales reacciones son propias de un pueblo católico, sinceramente católico, sin más. y que, para que se produzcan, no es necesario sino la meditación de los hechos del Gran Drama. Pero ocurre que en

Medina de Ríoseco la reacción no se produce en éste o en aquélla, por su mayor grado de catolicidad o, simplemente, de sensibilidad, sino que aparece conjuntamente, totalmente, como si la ciudad tuviera un solo y traspasado corazón. Y aparece al conjuro del arte, del arte puro de su imaginería. Porque —no he de engañaros— mi ciudad no es ni más ni menos católica que las demás ciudades de nuestra España. En ella se ama a Dios y en ella se peca. Pero hay una trágica coyuntura anual, en que el hombre y la mujer, el sano y el enfermo, el rico y el pobre, olvidan todos los tristes, todos los pequeños problemas de aquí abajo y se sienten trasplantados, al través del tiempo y del espacio, al pie de la Cruz. Esta recapitulación anual de nuestras culpas, este sentirnos reos de un delito que renovamos diariamente con nuestro pecado, nos franquea, año tras año, estoy seguro, la amplia puerta de la misericordia de Dios.

Para que se produzca la Semana Santa de Ríoseco es necesaria, pues, una catolicidad a la par que un acusado sentimiento artístico, vivo en la médula del pueblo; que nada lograrían las más maravillosas tallas, si los corazones no supieran vibrar ante ellas.

Y hemos llegado, por otro camino, al señorío, a la calidad de la ciudad. Al señorío, a la calidad, porque ese saber sentir, ese poder emocionarse, porque sí, sin un proceso crítico, sin un razonamiento intelectual, no es sino el producto de muchos siglos de saber y entender, de muchas generaciones de cara a la belleza de las cosas del espíritu: la herencia inestimable que Medina de Ríoseco, que los hombres de la actual Medina de Ríoseco cuidan celosamente, para legarla, acrecentada —o íntegra, al menos— a los que están por venir.

Y, ahora, dirigiéndome a vosotros, ríosecanos, ilustres por ser ríosecanos, os diré que ese celo, esa cuidadosa atención porque cada día entronque con el que le precedió, porque no se pierdan las virtudes altas de la ciudad, no debe decaer. Yo estoy seguro de que así será, y sé que mis palabras serían ofensivas si no estuvieran dictadas por mi amor por Medina de Ríoseco, si no estuvieran dichas aquí, como en familia. Os diré que cualquier sacrificio, que cualquier esfuerzo estará justificado en la gran tarea de hacer permanentes las grandes virtudes de los que nos antecedieron, de hacer que la ciudad no pierda su egregia fisonomía; y —ciñéndonos a este pregón— de hacer que la Semana Santa de cada año gane, sí, si es posible, en fastuosidad, en concurrencia de forasteros, pero sin que pier-

da un ápice de lo que es su esencia, de lo que la da un valor auténtico que excede de todas las comparaciones. Yo he presenciado vuestra Semana Santa, y apenas si puedo reflejar en palabras mi emoción. Mi oficio es escribir y hablar y, no obstante, siento como si una total torpeza, que se acerca a la impotencia, me ciñera al intentar expresar mis impresiones.

Estamos ante el pórtico de la Semana Santa. Pasado mañana, Domingo de Ramos, la ciudad recibirá a Jesús, al buen Jesús sembrador de amor, que llega con los brazos abiertos. Los niños le escoltarán, y en el aire jubiloso de la mañana las palmas fingirán un fabuloso mar de trigo en sazón. Jesús —ya con nosotros— recorrerá, cargado con la Cruz, las calles y las plazas en las fervorosas, en las sobrecogedoras procesiones de Medina de Ríoseco. Y habrá un momento, en un justo atardecer, en que se dirá, en la iglesia de Santa María, el sermón de la Soledad... Han pasado ante los ojos de los ríosecanos y de los forasteros el Vía Crucis, la procesión del Santísimo Cristo de la Paz, la procesión del Dolor, la procesión de la Pasión; han llegado a nuestra alma los sermones de la Paz y del Mandato. La ciudad está preparada, el ambiente de la Semana Santa ha ido cuajando, poco a poco, en una neta, en una asombrosa realidad. Todo queda olvidado: la ilusión, la angustia, la alegría; todo queda olvidado ante el hecho cumbre de los tiempos. Cristo va a morir. Va a morir de nuevo. Han quedado atrás el frío de Belén, la inquietud de la huída a Egipto, los largos y ásperos caminos de predicación: Cristo tiene al alcance de la mano la suprema meta de su vida humana, el supremo fin de su sacrificio. Cristo va a morir. Y aquí, en Medina, por obra y gracia de su imaginaria, van a reverdecer el dolor y la muerte: La Crucifixión, El Descendimiento, La Piedad, El Santo Sepulcro, La Soledad... Los "pasos" de la magna procesión ríosecana están dispuestos; en el atrio de Santa María, se agolpa el gentío. Van a salir La Crucifixión y El Descendimiento, o, hablando vernacularmente, entre nosotros, "El Longinos" y "La Escalera". Es el impresionante, el ríosecanísimo momento de "la salida". La veintena de cofrades de cada uno de los grandes pasos está preparada. Hay que sacar los pasos por una puerta que excede escasos centímetros de lo sumo de la Cruz, en el Longinos, y del codo de José de Arimatea, en La Escalera. Y hay que sacarlos conforme a un arte, como si las grandes masas no pesaran y fueran llevadas por manos de ángel, casi sin moverse. El capitán —llamémosle así— de

cada paso arenga a los suyos. Previamente, ha sido dicha la oración. El capitán arenga a los suyos, y vemos cómo el paso es elevado, de un solo impulso, al antebrazo de sus cofrades, cómo suavemente va acercándose a la puerta, cómo va perdiendo altura, mientras los hombres se doblan y los nudillos rozan o casi rozan el suelo.

Pese a que todo parece sencillo y hacedero, se adivina, se respira la dificultad, el extraordinario esfuerzo. Y el gentío contiene la respiración. Parece que cada espectador siente en sus músculos la tensión del momento, como si cada paso fuera sacado entre todos, a suaves golpes de sangre. Pero ya el paso está afuera, y, de pronto, es tirado a lo alto, en una limpiísima ascensión, y recogido en los hombros de los portadores. Si la salida ha sido bella —siempre lo es— suena una emocionada ovación. Luego empezará a salir el otro paso. Sus cofrades estarán dispuestos a mejorar lo que los otros hicieron, en una luminosa pugna que, sin duda, será seguida con interés por las bandadas de ángeles, que el día de la salida y de la entrada ocupan los aleros del atrio de Santa María.

Ya está en marcha la procesión de la Soledad. Despacio, como hiriendo la carne de la noche, va avanzando por las calles de Medina de Ríoseco. El pueblo, el buen pueblo de la ciudad se aprieta en las aceras o asoma, como una piña, por los balcones y ventanas. Acaso una moza casadera, intente tocar el pie de José de Arimatea, por el aquel del novio que está por venir... La noche ha caído sobre Medina, como sobre los siglos. La noche ha caído sobre las risas, sobre los trigos, sobre los hogares en paz, sobre las conciencias. Va a morir Jesús.

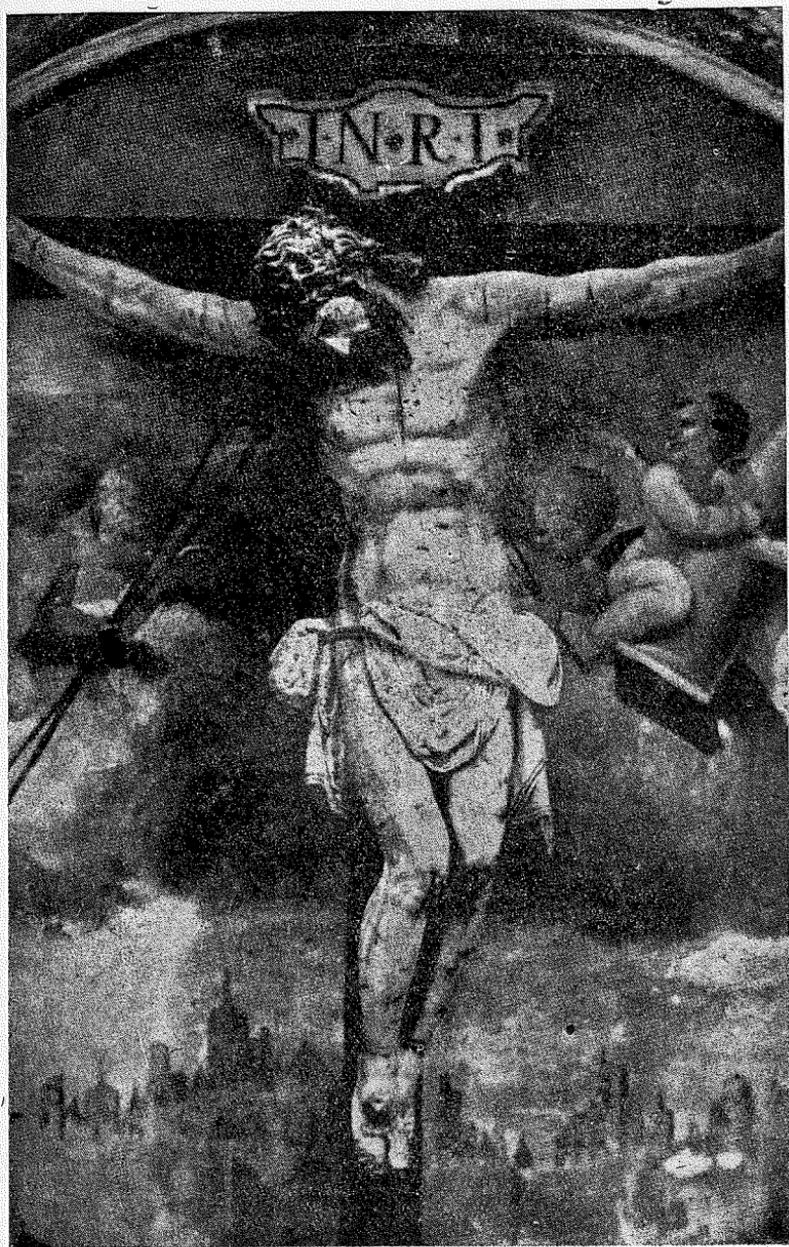
Es la culminación artística y emocional de la Semana Santa riosecana. La ciudad tiene un solo latido. Y es todo: es la tremenda presencia del drama, es la interpretación del arte, el medio impar de las calles... Es todo porque, sin la conjunción de muchos factores, no podría haberse dado, para la fe, para la emoción, el prodigio.

Y ahora comprenderéis perfectamente, queridos amigos, el porqué del agudizamiento de mi sentido de la responsabilidad. Hablar aquí, en esta sala capitular, abrir con mi mano de tierra el pórtico luminoso de vuestra Semana Santa, es algo que me honra sobremedida, pero que, a la par, me da la medida de la pequeñez de la palabra. Este pregón debería ser dicho con flores, con luces, con colores; habría que inventar un arte de expresión. Pero yo sólo tengo esta voz, que se enorgullece de sonar acorde

con las vuestras; esta voz, que siente el riesgo de hablar en la tierra de don Ventura García Escobar, del gran don Benito Valencia Castañeda —el de las inolvidables crónicas de antaño—, de don Justo González Garrido, de don Vicente Marín, de don Mariano González Herrera —que, durante casi medio siglo, dirigió el venerable Colegio de San Buenaventura hoy bajo la mano de ese celoso educador que es Francisco Blanco—; en la tierra del otro Benito Valencia, el de ahora, del admirado maestro Esteban García Chico, hijo predilecto de esta ciudad, que nació simbólicamente donde tuvo su taller Juan de Juni, en la Plaza del Matadero, una plaza que muy bien pudiera llamarse de García Chico... En la tierra, en fin, de otras muchas altas personalidades cuya lista sería interminable. Pero el pregón está dicho. He venido, porque habéis querido que viniera; que los hombres de estas tierras le echamos valor a la vida, aun en trances tan difíciles como éste.

Está dicho el pregón; pero insisto, finalmente, en que debería haber sonado de cara a gentes extrañas, a gentes que no conocieran el prodigio, para invitarles a abrir los ojos a esta Semana Santa, para que, una vez aquí, ante vuestras iglesias, entre vosotros, comprendieran que si yo dije que nuestra ciudad, nuestra Medina de Ríoseco, lo fue todo, aún, en lo que verdaderamente importa, sigue siéndolo todo.

Nada más.



Santiago.—*Cristo de la Clemencia*, de Pedro de Bolduque.

